

MI distinguido amigo: Me pide usted un artículo sobre «Galicia como tema literario», y debo confesarle de antemano mi perplejidad inicial e irremediable. Perplejidad, como usted sabe muy bien, es la enfermedad de que murió el asno de Buridán, solicitada su voluntad por dos montones de heno exactamente iguales. No quiero yo decir con esto que semejantes viandas me soliciten, pero sí que me resulta difícil decidirme por una de las dos interpretaciones que cabe dar a su petición. Galicia como tema frecuentado por escritores anteriores o contemporáneos a nosotros, o como conjunto de posibilidades para cualquier futuro ejercitante de las letras. Si la primera, me vería obligado a pergeñar una pequeña lista, muy erudita y pretenciosa, de las obras poéticas en que Galicia o algo gallego proporcionaron materiales al escritor, desde Martín Códax, de Vigo, hasta Gerardo Diego, autor, como usted sabe también, de una *Cantiga* sobre Martín Códax. Si la segunda, tendría que decirle qué me parece a mí, como escritor, el material gallego, entendiéndolo por tal el paisaje, la historia, las leyendas, los hombres y las costumbres de Galicia. Pero sucede que mi escasa erudición me incapacita para que la mentada lista fuese cabal; algo importante habría de olvidarse, o porque lo desconozco, o porque en este momento no lo recuerdo, y le aseguro a usted que estoy escarmentado en mi propia cabeza de olvidos literarios, que en este caso, y dada mi ocupación profesional, redundaría en mi descrédito. Y sucede asimismo que la opinión que Galicia y sus cosas, como material literario consideradas, merecen, es necesariamente subjetiva, y había de chocar con la de otros varones de letras más acreditados que yo, con mayor experiencia que la mía y con mayor perspicacia y ponderación en el juicio y discernimiento de lo que es útil a un literato y de lo que no le sirve para nada.

Sin embargo, estoy determinado a cumplir con usted, aunque no sea más que en atención a la fineza de requerirme como colaborador circunstancial de su REVISTA, y así voy a resolver mi perplejidad echando por la calle de en medio y saliendo del apuro como sea, que es lo que el famoso asno debió de hacer, aun a riesgo de perder la filosófica inmortalidad de que disfruta.

Tomemos a Martín Códax como punto de partida. Cualquier otro serviría para mi propósito; pero él, que yo sepa, fué el inventor de Galicia como tema literario, si es que no se le adelantó aquel otro poeta a quien llaman el Meendinho (no estoy muy ducho en esta clase de cronologías). Pues bien; el citado Martín Códax, un buen día, se hallaba en trance de escribir una cantiga, que es lo que entonces escribían los poetas, y no estos sonetos tan bonitos que ahora se llevan. Se hallaba en trance de escribir una cantiga sobre temas de mar y de amor, y halló que las ondas del mar de Vigo le venían pintiparadas para su menester, y escribió ese poema tan conocido, que comienza:

Ondas d'o mar de Vigo...

Martín Códax hubiera podido escribir solamente: «Ondas d'o mar», a secas, sin con creción geográfica ninguna; pero Vigo, además de ser una hermosa ciudad, rima perfectamente con «amigo», que es el cabo del siguiente verso en la composición, y a esa circunstancia debemos, sin duda alguna, la mencionada invención lírica de Galicia.

Ahora bien; si Martín Códax, en vez de rimar en Vigo, lo hubiera hecho en el Puerto de Santa María, se hubiera encontrado con que a las ondas de aquella parte del Atlántico se las puede interrogar con la misma propiedad que a las viguesas acerca del amigo y de sus andanzas sentimentales. El poema no se hubiera referido para nada a la espléndida y coruscante ría gallega, pero hubiera sido esencialmente el mismo. Porque lo que haya de lírico en él, lo que en él pueda encantarnos, no depende en absoluto de su casual localización geográfica ni de



GALICIA COMO TEMA LITERARIO POR G. TORRENTE BALLESTER



que las olas viguesas posean especiales virtudes para los amantes, para los poetas o para los amantes que son poetas al mismo tiempo, sino precisamente de las especiales virtudes de sensibilidad, receptividad, imaginación, etc., que Martín Códax poseía. Fueron ellas, y no la materia hallada o elegida, quienes crearon el poema.

Esto no quiere decir que desdeñe el material literario o que conceda el mismo valor a toda clase de materiales. ¡Dios me aparte de semejante blasfemia! Hay materiales literarios nobilísimos y los hay menos valiosos, y los hay asimismo despreciables, de esos en que el artista se encenaga si los toca. Pero el valor de la poesía no reside en sus materiales, en lo dado, en el dato, sino en lo que el poeta pone en ella. Y para el poeta basta muchas veces con que el material—naturaleza, historia, sociedad, hechos o sentimientos—posea cualidades suficientes de incitación, las cuales, por otra parte, no consisten en algo sustancial a la materia, sino en una coincidencia milagrosa o, mejor, en una especie de simpatía aleatoria en virtud de la cual un hecho objetivo—hombre, paisaje, piedra labrada—desencadena en el poeta un determinado proceso que concluye en la creación artística o poética, mientras que a otro hombre de iguales dotes, es decir, a otro poeta, le deja indiferente. Y no digamos a quienes no son poetas.

Pienso que Galicia, así, tomada en bloque y encerrando en esa palabra un conjunto bastante heterogéneo de cosas, constituye un material literario de primera calidad. Eche usted, por favor, la cuenta: un hermoso paisaje, una historia accidentada, unas cuantas ciudades encantadoras, la mar con todo su romanticismo, los pazos, los fantasmas, las meigas, la Santa Compañía (que no es, como se cree vulgarmente, una procesión de fantasmas), las sirenas, las ciudades sumergidas, los hórreos, las apacibles vacas, los gallegos humoristas y sentimentales, la *morriña* (una criada mía de Negreira decía *soidade*); en una palabra, todo lo que hasta ahora ha servido indistintamente para la mejor literatura o para el tópico más escandaloso. ¿Necesita más un escritor? ¡Si todo está allí, todo, absolutamente todo! No hay más que escribirlo.

¡Ay! Creo haber puesto el dedo en la llaga. El material no basta; hace falta el talento. Y al escritor con talento lo mismo le da una región que otra. Si paisajista, necesita *naturaleza*, pero no determinada naturaleza, más verde o más accidentada que otra. Y si es el hombre lo que le atrae, cualquiera le sirve, porque justamente lo que distingue al gallego del escocés carece de importancia literaria si no se apoya en lo que uno y otro tienen de común, es decir, de humanos. Y así sucesivamente. El hecho de que ciertos escritores hayan elegido a Galicia o a motivos gallegos como tema para sus creaciones se debe, no a que Galicia posea excepcionales condiciones, sino a circunstancias de los escritores mismos, a razones perfectamente biográficas, por las que un tema o determinado material les resultaba más adecuado que otro. De mí sé decirle que tengo a Galicia un gran amor, un amor profundo, que me hace considerar como partes de mi vida unos montes, un trozo de mar, un cierto valle y una ciudad situada entre ellos. Debo probablemente a Galicia una parte importante de mi manera de ser; y de estas relaciones nada superficiales, de esta experiencia de años y de amores, ha nacido el conocimiento que de mi tierra, de sus hombres y de sus cosas tengo. No es imposible que algún día caiga en la tentación de convertirlo todo en literatura. Pero eso no quiere decir que, objetivamente, Galicia sea peor o mejor que otra tierra cualquiera. Quiere decir solamente que a mí me sirve.

Pero lo mismo me servirían amarillos eriales, cielos inhóspitos, hombres inflexibles, ciudades sin historia, si fueran míos o si el amor y la convivencia los hubieran metido en mi alma. Porque sólo lo que en el alma se mete es buen tema literario. Esto es cuanto se me ocurre, querido amigo, acerca de la cuestión propuesta. Perdóneme usted si al echar por la calle de en medio no he acertado. Le saluda muy afectuosamente, G. T. B.